

EDUARD FONTSERÈ I RIBA, O LO QUE SE PUEDE LLEGAR A HACER VIVIENDO UN SIGLO

J. WAGENSBERG

Director del Museu de la Ciència. Fundació “la Caixa”

Un científico es siempre un pionero. Por lo menos en un aspecto: pionero es el que abre camino, no hay ciencia sin investigación e investigar es justamente eso, abrir camino. Pero la ciencia, además de producirse, también se transmite y se aplica y Eduard Fontserè nació en el lugar justo y en el momento adecuado y vivió lo suficiente como para ser un pionero en todos los aspectos. Barcelona es una ciudad con buena suerte y, en una época en la que todo estaba por hacer en ciencia, nació el físico Fontserè para trabajar, investigar, enseñar, crear escuela, inventar infraestructura y dirigir toda clase de nuevas instituciones de interés ciudadano. No está mal el pedazo de física que se ha escrito, transmitido y aplicado en Barcelona entre 1870 y 1970, y no está mal el pedazo de ese pedazo estimulado directa o indirectamente por Fontserè.

La parte consciente de una vida de cien años dedicada a la ciencia da para mucho: 68 años dirigiendo el Servicio Horario de Barcelona, proyectó y dio vida al Observatori Fabra, inaugurado en 1907, director del Observatori de l'Escola Provincial d'Agricultura y subdirector de la Xarxa Meteorològica de Catalunya i Balears, presidente de la Societat Astronòmica de Barcelona y creador de la primera red de pluviómetros por toda Cataluña, miembro del Institut d'Estudis Catalans, ... y un sinfín de iniciativas científicas imprescindibles. Pero su obra culminante fue sin duda la creación y dirección del Servei Meteorològic de Catalunya (SMC). Gracias a esta institución y a un ingenioso pluviómetro inventado por uno de sus meteorólogos, el Dr. Jardí, Barcelona dispone de una de las series de intensidad de lluvia más largas del mundo.

En aquella época se hacía una meteorología sin satélites, por lo que lo más importante era mirar las nubes. La fotografía sistemática del cielo de Barcelona ha proporcionado también una de las colecciones de imágenes de nubes más valiosa, bella y sorprendente de la historia.

La huella de Fontserè es visible por todas partes, como la de todos aquellos hombres que han disfrutado contemplando el cambio que provocaban en su entorno y que han sido testigos y protagonistas de grandes logros científicos y técnicos. A los que quieran respirar un poco del aroma de tales huellas, una buena

recomendación: aproximarse al observatorio Fabra, un delicioso y entrañable elemento arquitectónico en la falda del Tibidabo y, si se lo permiten, asistir a su todavía incansable labor de escudriñar el espacio y auscultar las entrañas del planeta. Por su obra intensa, extensa, diversa, comprometida y musculosa, Fontserè es todavía el físico más importante e influyente del país y está claro que si no hubiera existido, hubiera habido que inventarlo con toda urgencia.